

¿Bienvenido Mr. Mitch?

ESTE otoño nuestro país se ha conmovido con los efectos devastadores del impacto del Huracán Mitch sobre Centroamérica, seguido de las erupciones del Volcán Casitas. El desastre hizo mella en Honduras, Nicaragua, Guatemala, El Salvador y, en menor medida, Costa Rica y Panamá.

Las consecuencias han sido tan destructivas que los países centroamericanos tardarán entre una década (los más optimistas) y treinta años (los vaticinios más pesimistas) en recuperar un nivel similar de «subdesarrollo». Las cifras dan idea de la proporción del desastre: más de once mil muertos, dos mil desaparecidos, dos millones de damnificados, nueve mil viviendas destruidas y otras nueve mil estructuralmente dañadas, inhabilitado el 68 por 100 de la red primaria de carreteras, un centenar de puentes deshechos, trescientas escuelas que ahora son ruinas.

Una región de «huracanes»

ESTE desastre llega en un momento histórico en Centroamérica donde las sociedades se encuentran en un incipiente desarrollo económico que va consolidando los procesos de democratización, todavía

muy débil. Países bajo la amenaza constante del autoritarismo y de las clases dominantes que controlan parte del poder militar y paramilitar de la región. La activación económica, no obstante, no se ha gestionado políticamente como para que los beneficios tengan efectos en la población: algunas poblaciones se han visto excluidas lo cual provoca una emergencia de violencia y delincuencia sin precedentes en la zona y una intensa emigración.

ANTES de que pasara el Huracán Mitch por Centroamérica habían pasado varios «huracanes» de guerra, autoritarismo, multinacionales, violaciones de los Derechos Humanos, etc.

En Guatemala, la reciente firma en 1996 del acuerdo de paz que puso fin a una guerra civil que costó 100.000 muertos y 40.000 desaparecidos no supuso la llegada de una «paz firme y duradera». La violación de los Derechos Humanos, especialmente contra la población indígena, continúa. El reciente asesinato de monseñor Girardi por su destacado papel en el proceso de reconciliación nacional, pone de manifiesto el déficit democrático de un país que está abierto a la reforma (política, educativa, etc.) pero que encuentra graves resistencias para el desarrollo de un Estado social de derecho. La realidad ha mostrado en esta zona que el progreso de la paz está ligado al desarrollo económico de la región. Conscientes de ese condicionamiento, el gobierno guatemalteco había realizado una profunda reforma económica para acelerar el crecimiento económico con el objetivo de consolidar la paz.

A pesar del continuo descenso de los precios del café, que ha desacelerado el crecimiento económico hasta niveles en los que se multiplica la pobreza, tanto en Guatemala como en El Salvador se había dado un avance notable en desarrollo económico gracias en parte a la unión

comercial con el rico triángulo norteamericano. Esto condujo a una mejora sustantiva de las condiciones de vida de la población, sobre todo la que está ubicada en las fronteras. Otro de los factores que contribuyen a la expansión de la zona es el comercio de manufacturas entre los mismos países de Centroamérica, que se ha visto quebrado por la destrucción masiva.

***HONDURAS**, por su parte, había logrado un tercer año de reactivación económica aunque los efectos de dicho crecimiento no se habían dejado notar sobre la población. Por el contrario, se ha registrado un deterioro del nivel de vida de las clases populares y esto ha provocado intensas protestas sindicales. Los políticos continúan actuando frecuentemente en la impunidad y las anunciadas reformas sociales no han llegado. Esta situación ha sumido al país en una oleada criminal que no había conocido nunca. Desde hace un par de años actúa un grupo paramilitar integrado por delincuentes comunes y ex militares que con total impunidad han atentado con explosivos en veinte ocasiones. El objetivo que persigue esta banda terrorista es intimidar al poder judicial para que no continúe investigando en los procesos abiertos en ese país por violaciones contra los Derechos Humanos. El gobierno ha tenido que decretar situación de emergencia en el ejército para frenar así el ascenso de grupos armados en todo el país. Algunos de ellos tienen repercusiones internacionales, como, por ejemplo, los que actúan en la frontera salvadoreña, que viene siendo objeto de una antigua disputa bilateral.*

Nicaragua, pese a ser una de las economías actualmente más activas de Centroamérica, se encuentra en situación extrema de pobreza, lo cual ha provocado fuertes contingentes de emigración. Los países prósperos de la

región (como Costa Rica, por ejemplo) están saturados de «nicas» emigrados que realizan trabajos precarios y de bajo nivel.

LOS índices de desarrollo de estos países son un testigo llamativo de su situación. Sabiendo que Canadá es el país con mayor índice de desarrollo (ocupa la posición primera con 0,960 en una escala de 0 a 1) y que España es el undécimo con un índice de desarrollo de 0,934; teniendo en cuenta que el país menos desarrollado es Sierra Leona, que está en el puesto 175 con un índice de desarrollo de 0,176, podemos hacernos una idea de la situación de la región centroamericana: Nicaragua (puesto: 127, índice: 0,530), Guatemala (117, 0,572), Honduras (116, 0,575), El Salvador (112, 0,592). La región formada por estos países, aunque cada vez más diversificada internamente, arroja un índice de desarrollo total de aproximadamente el 0,567.

En esa situación, el Huracán Mitch ha destruido gran parte de las infraestructuras (sobre todo agrarias) de producción y habitabilidad hundiendo numerosas economías de subsistencia, domésticas y de gran escala. Gran parte del trabajo hecho, ahora que, tras tres años de cultivo, estaba a punto la palma, se ha venido abajo.

Países muy dependientes del monocultivo —situación inducida desde Occidente— ven hipotecada su capacidad de desarrollo. Todo ello se agrava aún más en el estado en que se encuentran.

Las condiciones mínimas de la población (carreteras, puentes, vivienda, educación, etc.) tardarán no menos de un año en llegar al umbral de subsistencia. Para recuperar el estado de incipiente despegue que se había logrado, se tardará bastante más.

El empobrecimiento económico, además, acentúa las

desigualdades, que ya eran muy grandes, y despierta los viejos demonios de los espadones y los autoritarismos. El cuánto y el cómo de la ayuda internacional y de la propia dinámica nacional de reconstrucción determinarán el futuro.

En las situaciones de emergencia se activan las grandes virtudes de un pueblo pero también se desatan las miserias. En algunos lugares los habitantes se dieron al saqueo; muchos paisanos se negaron a colaborar en las tareas de recuperación de cadáveres y de reconstrucción; muchos universitarios han tenido que ser obligados a incorporarse al servicio de emergencia civil a riesgo de ser sancionados con la expulsión de sus facultades... En algunos lugares el Huracán no ha tenido consecuencias graves: aquellas urbanizaciones donde las casas están bien cimentadas y son de materiales sólidos. Algunos reporteros mostraron imágenes del Country Club, en Tegucigalpa, donde, mientras la gente de los alrededores buscaba cadáveres perdidos, los socios jugaban al golf. La avenida que separa una realidad de otra recibe el nombre de «Bulevar de las Fuerzas Armadas». Toda una metáfora de la realidad centroamericana.

Pero a la vez se activaron grandes virtudes de un pueblo acostumbrado a sufrir y que vive de forma cercana la solidaridad. Esa solidaridad ha permitido colectivizar muchos servicios y que muchas personas se hayan dedicado en jornada completa a las labores de desescombro y reconstrucción.

La ayuda internacional

L*AS catástrofes naturales no tienen responsables inmediatos a quienes apuntar con el dedo, si*

bien algunos lo relacionan con el desequilibrio ecológico al que contribuyen los países industrializados. Pero la responsabilidad de los otros «huracanes» que siguen soplando sobre Centroamérica tiene nombres y apellidos. En la misma semana del desastre, varias multinacionales suspendieron su actividad comercial en la región; se reactivó el comercio de armas en una sociedad en la que la fuerza parece ser de nuevo un factor emergente; la deuda externa aún sigue pesando aunque se ha aliviado de forma significativa e insuficiente.

No podemos dejar que esta catástrofe natural esconda el paisaje de exclusión y explotación con responsables nacionales e internacionales concretos. Pero esas responsabilidades no forman parte del discurso ni de los gobiernos ni de las sociedades civiles occidentales. A principios de diciembre, en una conferencia institucional, M. Albright venía a autoinculparse de muchas de las dictaduras y guerrillas latinoamericanas de los 70 y 80. Sin embargo la confesión quedaba ahí. La decisión de reparar daños se esfumaba en el vacío.

Mundialmente se han articulado tres tipos de medidas. Primero, actuaciones sobre la deuda externa. Segundo, ayuda oficial al desarrollo. Tercero, donaciones civiles al desarrollo.

La Coordinadora de ONG de España, que agrupa a 90 grandes ONG, ha declarado tajantemente que «la condonación de la deuda es una medida inaplazable, insustituible e imprescindible». En Honduras, por ejemplo, la deuda se come anualmente el 35 por 100 de los ingresos del estado, unos 450 millones de dólares. En total, la deuda externa (bilateral, multilateral y privada) de los dos países más empobrecidos, Honduras y Nicaragua, es de dos billones de pesetas.

Muy recientemente en esta revista se explicaron las razones que justifican como medida razonable e inexcusable la condonación de la deuda externa de los países empobrecidos. No repetiremos lo ya dicho: el desarrollo está hipotecado por esa deuda externa que tiene más función de control político externo que de restitución en el país de origen de un capital necesario. En este desgraciado momento esa realidad se agrava aún más.

ANTE esa demanda ciudadana creciente, Francia ha dado por canceladas las deudas externas de Nicaragua y Honduras que sumaban un total de 13.500 millones de pesetas. Holanda, por su parte, ha condonado 1.500 millones de pesetas. Cuba ha condonado su deuda con Nicaragua, la cual ascendía a 7.000 millones de pesetas. España no ha condonado la deuda sino que ha aplazado su cobro perdonando la significativa cifra de 8.920 millones de pesetas, que son los intereses generados hasta el 2002. Toda la región centroamericana nos debe 67.000 millones de pesetas en concepto de deuda externa.

El Banco Mundial se ha comprometido a procurar la cancelación del 80 por 100 de la deuda externa de algunos de los países más afectados. Es una muy buena noticia si no se queda en la retórica que abunda últimamente en los organismos financieros internacionales. A las palabras, deben seguir inexorablemente las conductas.

En segundo lugar, ha habido un amplio despliegue de Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD). El Banco Mundial ha abierto una donación de 30.000 millones de pesetas; Estados Unidos 11.000 millones de pesetas; la Unión Europea (como institución multilateral) ha dado 17.000 millones de pesetas en ayuda humanitaria urgente. El Estado español ha realizado una aportación sin

precedentes. Una primera medida ha liberado 1.885 millones de pesetas en ayuda humanitaria urgente de consumo inmediato y un segundo paquete de ayuda oficial ha destinado 18.500 millones, de los cuales el 95 por 100 son créditos blandos que podrán ser utilizados únicamente para adquirir bienes y servicios de empresas españolas (los conocidos Fondos de Ayuda al Desarrollo).

Este tipo de ayuda —lo hemos denunciado ya en otras ocasiones— puede estar gravada por severos condicionamientos: fomento encubierto de la exportación, mantenimiento de la hipoteca sobre el desarrollo, favorecimiento de la desigualdad en los países receptores, etc.

FINALMENTE, *las donaciones de particulares en todo el mundo ha superado los cien mil millones de pesetas, nueve mil de los cuales son de origen español. En opinión de la Coordinadora de ONG para el Desarrollo, la reacción española ha sido una «respuesta sin precedentes»... En sólo cuatro días se había alcanzado la cifra de dinero que se recaudó en toda la campaña a favor de Ruanda. Existe en los ámbitos de asociaciones internacionales y de instituciones multilaterales (como el Parlamento Europeo o la misma UNESCO y la ONU), la sensación generalizada de que la ciudadanía ha sido mucho más generosa que sus gobiernos. Esta afluencia de ayudas permiten hablar de un «Plan Marshall» para Centroamérica, que podríamos bautizar como «Plan Mitch».*

El problema de esta ayuda es el de siempre. Es triste que tenga que venir un huracán y miles de muertos para que decidamos ayudar a un pueblo a desarrollarse. Hay ahora una oportunidad para reconstruir una región y dar los instrumentos para que sean los propios ciudadanos quienes la reconstruyan. Nos tememos que la

ayuda se hace de tal modo que la reconstrucción reconstruirá también las viejas estructuras que consolidan la exclusión y la pobreza. Sería necesario otro tipo de ayuda al desarrollo, tal como lo plantean muchas ONG.

La justicia para los países del Sur no vendrán de la mano de los cálculos económicos sino de la presión y la compasión ciudadana. Estamos al borde —¿sólo al borde?— del peligro de una conciencia solidaria «champanera»: explosión de solidaridad en el momento del impacto y, pasada la efervescencia, inacción y modorra inconsciente.